

Piensa en grande, haz en pequeño: El dulce sabor de una vocación inquebrantable

Silvia Leticia Romo Jiménez*

Mi historia comienza en el seno de un hogar sencillo; mi madre, una mujer de una fortaleza y una visión inquebrantables, apenas contaba con la educación primaria trunca. Sin embargo, poseía una sabiduría de vida que ya quisieran muchos doctores. Ella siempre nos sentaba a mis hermanos y a mí, nos miraba a los ojos con esa convicción tan suya y nos repetía como un mantra: «Hijos, para que les vaya bien en esta vida y tengan un futuro seguro, no hay mejor carrera que ser docente». Para ella, el magisterio era el pilar del mundo, la profesión más noble y respetable a la que cualquier ser humano podía aspirar.

Por otro lado, estaba mi padre. Él sólo había llegado hasta la secundaria, pero albergaba en su interior el alma de un erudito. Le encantaba leer. Su mayor afán era contagiarnos ese amor por las letras y los números. Recuerdo como si fueran ayer las tardes en casa; él nos ponía a leer en voz alta, corrigiendo nuestra entonación, pero su táctica maestra estaba en las matemáticas. Nos ofrecía dulces con la única y estricta condición: teníamos que estudiar y memorizar las tablas de multiplicar. Cada acierto era premiado. Así, entre el azúcar de los dulces y la firmeza de sus lecciones, fui construyendo sin darme cuenta los cimientos de mi propia vocación.

Desde muy pequeña, la semilla ya estaba germinando. Yo me emocionaba muchísimo jugando con mis muñecas a que era la maestra. Las alineaba perfectamente, les pasaba lista y les explicaba lecciones imaginarias en un pizarrón que sólo yo veía. A veces, cuando se dejaban y la paciencia les alcanzaba, sustituía a las muñecas por mis hermanos. Yo era la autoridad en aquel pequeño salón de clases improvisado en nuestra habitación, y sentía una satisfacción inmensa al “enseñarles” lo que yo creía saber.

El tiempo pasó y entré a la secundaria. En medio de los cambios propios de la adolescencia, las nuevas amistades y las materias más complejas, por un momento olvidé la idea de ser maestra. La vocación

pareció adormecerse, pero en el fondo, mi esencia seguía ahí. Siempre que había oportunidad, me descubría a mí misma apoyando a mis compañeras de clase con los temas que no entendían. Sin proponérmelo, lideraba varias actividades, organizaba equipos y tomaba la batuta. En esa misma época comencé a asistir a un grupo de la Iglesia y me invitaron a dar catecismo a los niños más pequeños. Fue ahí donde la chispa volvió a encenderse con una fuerza arrolladora.

Me apasionaba preparar mis clases de catecismo. Hacía materiales didácticos coloridos, recortaba figuras, inventaba dinámicas. Para mí, aprender sobre la fe no tenía por qué ser aburrido, así que ponía a los niños a jugar, a brincar y a cantar. Sin embargo, mi metodología revolucionaria no era del agrado de todos. Las catequistas mayores, mujeres de una escuela mucho más tradicional y estricta, me llamaban la atención constantemente. Me decían con el ceño fruncido que así no se impartía el catecismo, que aquello debía ser un acto de total seriedad y solemnidad. A veces me entristecía mucho escuchar sus regaños, llegaba a dudar de mí misma y me preguntaba si estaba haciendo las cosas mal. Pero toda esa tristeza se me olvidaba en un instante al ver las caritas iluminadas de mis alumnos, quienes me rogaban que hiciéramos ese tipo de actividades.

Pasé a la preparatoria y, para entonces, la idea de la docencia no cesaba de dar vueltas en mi cabeza. En aquel entonces, en la escuela se impartían unas materias optativas cuyo objetivo principal era orientar nuestra vocación profesional. Recuerdo que en mis resultados y afinidades siempre resaltó la parte de las ciencias sociales y las humanidades. A medida que se afianzaba mi vocación, otras carreras afines llenaban mi mente y me hacían dudar: trabajo social, psicología, recursos humanos e incluso odontología. Por supuesto, todas ellas tenían cierta relación con el trato humano y el servicio. Pero pronto comprendí algo que se dice mucho en el gremio: un maestro es, en el fondo, un “todólogo”. Un docente maneja la psicología para entender a sus alumnos, el trabajo social para comprender su contexto, los recursos humanos para mediar en el aula, y hasta es un poco médico para curar las rodillas raspadas. Todo convergía en la enseñanza.

Durante la prepa, aunque ya no daba catecismo a los niños, seguí participando activamente en el grupo de jóvenes de la iglesia. Una de nuestras mayores encomiendas era preparar los temas para la SEJUVE (Semana de la Juventud). Al principio, cuando yo era más joven, solo recibía las pláticas de los integrantes mayores. Pero conforme fui creciendo y madurando, me tocó a mí el gran reto de preparar y exponer temas para los chicos que recién se iniciaban en el grupo. Era sumamente motivante. Después, el desafío creció: me pidieron dar temas a los adultos más grandes, a los papás y abuelos de algunos integrantes de la comunidad. Pararme frente a personas con tanta experiencia de vida y lograr transmitirles un mensaje fue, la verdad, una experiencia increíble que terminó de forjar mi carácter frente a un grupo.

Se llegó el temido día en que casi me graduaba de la preparatoria y debía decidir qué estudiar. Era una tarea sumamente difícil. Como ya comenté, varias carreras llamaban mi atención, pero la que más fuerza tomaba era la de ser maestra, específicamente de nivel preescolar. Quería ser educadora. Sin embargo, mi mamá me decía: ¿Para qué te vas tan lejos? Me da mucho pendiente”. En aquel entonces, la Normal para Educadoras estaba “hasta las Águilas”. A pesar de que no era una distancia insalvable desde donde yo vivía, yo seguía insistiendo con terquedad que eso era lo que quería, pero ella, aun sin tener experiencia académica ni una carrera, me argumentaba con una seguridad aplastante: “Mejor estudia para maestra de primaria. Hay muchas escuelas; puedes trabajar en el turno matutino o en el vespertino”. Tenía toda la razón del mundo. En aquella época, los kínder solamente trabajaban por el turno matutino y muy pocos por la tarde, principalmente porque cursar el preescolar aún no era obligatorio.

Para convencerme, mi mamá me llevó a ver la escuela donde ella soñaba que estudiara no sólo yo, sino todos sus hijos: la emblemática Escuela Normal de Jalisco, hoy conocida como la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ). Resultó que esta institución estaba a tan solo diez minutos de mi casa. ¡Me podía ir caminando! La verdad es que me emocioné profundamente al verla. Con sus imponentes murales que contaban la historia de la educación, tan

grande y majestuosa, y su hermoso teatro griego... ¡Wow! En ese preciso instante dije: «Aquí quiero estudiar».

Así fue como, llena de ilusiones, hice los trámites de ingreso junto con mi hermano. Pasaron los nervios de los exámenes y llegó el día de buscar nuestros nombres. ¿Y cuál va siendo mi triste resultado? No había salido en las listas de admitidos. Sentí que mi mundo entero se derrumbaba. Para entonces yo ya tenía clarísimo a lo que me quería dedicar, no había un plan B, no había vuelta atrás. Al no ver mi nombre, pensé que jamás haría realidad mi sueño. Lloré amargamente con una frustración que me quemaba el pecho, sobre todo pensando en la ironía del destino: mi hermano sí había salido en las listas, ¡y él quería ser doctor, nada que ver con la docencia! Y ahí estaba su nombre, mientras el mío brillaba por su ausencia. Yo me preguntaba: «¿Y ahora qué voy a hacer con mi vida?».

Justo al salir de la Normal, con los ojos hinchados de tanto llorar, escuché que varios chicos comentaban que se reunirían en la FEG (Federación de Estudiantes de Guadalajara). El objetivo era solicitar a las autoridades una revisión de los puntajes para obtener más lugares en la lista de prelación. Me aferré a esa esperanza. Así pasaron varias semanas de angustia, en las que íbamos a reuniones y los dirigentes de la FEG trataban de gestionar alguna solución con la directora de la institución.

Al fin se logró la revisión de los puntajes. Yo estaba histérica, muy nerviosa, pensando que si esa oportunidad también se me escapaba, querría decir que definitivamente el magisterio no era mi vocación, que la vida me estaba cerrando la puerta. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando, al publicarse la revisión, ¡mi nombre apareció! Yo dije: «¡Ya la hice!». Estaba emocionadísima otra vez, una luz de esperanza volvía a iluminar mi camino.

Sin embargo, esa luz estuvo a punto de apagarse de nuevo. Nos reunieron con la directora y nos dio un balde de agua fría: nos dijo que no sería tan fácil entrar. Nos aplicarían otra prueba, un examen definitivo. Si no lo pasábamos, nos sentenció, significaría que verdaderamente no era nuestra vocación y tendríamos que irnos. Era la última oportunidad. Estudié con el alma y, ¿cuál va siendo mi sorpresa? ¡No

solo pasé el examen, sino que quedé en los primeros lugares! Yo gritaba de emoción, brincaba de alegría, confirmando que mi sueño sí se iba a cumplir a pesar de todos los obstáculos.

Ya estudiando dentro de mi amada Normal, confirmé mi vocación desde las primeras prácticas frente a grupo. El olor a gis, el ruido de las butacas, todo me fascinaba. Además, viví la experiencia normalista al máximo. Me preparé e integré en varios grupos especiales: estuve en el taller de teatro, fui porrista, ¡qué tiempos aquellos!

Pronto se acercó la graduación y, con ella, la incertidumbre. Comencé a pensar: ¿Y ahora qué sigue? Ya terminaré, pero... ¿Y mi plaza? Egresé de la Normal en una época donde, lamentablemente, había muy pocas plazas disponibles. Sin embargo, se había creado un programa llamado PEPJA (Educación de Personas Jóvenes y Adultos). Era un sistema muy similar al INEA (Instituto Nacional para la Educación de los Adultos), pero PEPJA estaba diseñado específicamente para Licenciados en Educación Primaria. Me animé y acepté trabajar de manera interina en una comunidad rural, dando clases a jóvenes y adultos que no sabían leer ni escribir. Fue una experiencia profundamente gratificante, que confirmó que mi verdadera vocación estaba en el servicio a los demás.

A la par de ese trabajo, logré conseguir una plaza municipal dando clases en una escuela primaria. Al cabo de un rato, mi tan anhelada plaza federal me llegó por correo. Fue casi un milagro; por azares del destino, una prima de mi esposo me relacionó con una persona, la cual me ayudó de manera totalmente desinteresada. Al fin, el círculo se cerraba. Estaba cumpliendo totalmente mi sueño.

A lo largo de todos estos años, estoy plenamente convencida de que el que persevera, alcanza. Hay una frase que hice mía y que me define en todos los aspectos de mi vida: «Piensa en grande, haz en pequeño».

Alguna vez, una niña soñó con ser maestra mientras jugaba con sus muñecas y anheló estudiar en la imponente ByCENJ. Lo logró. Al recorrer los pasillos de esa gran institución como alumna, soñó con algún día dar clases en la misma escuela que la formó. Lo vio como una meta a mediano o largo plazo y no se rindió. Perseveró trabajando de

manera meritoria, picando piedra, y logró convertirse en catedrática, trabajando con todo el corazón y dejando una huella imborrable en las nuevas generaciones de futuros docentes.

Esa misma mujer soñó más adelante con ser directiva de una escuela primaria. Hizo lo de siempre: pensó en grande, se preparó con disciplina, estudió y lo consiguió. En la actualidad, miro hacia atrás y me siento profundamente agradecida por cada tropiezo y cada victoria. Sigo pensando en grande y haciendo en pequeño todos los días, paso a pasito, desde mi trinchera, porque hoy sé con absoluta certeza que todo, absolutamente todo, lo podemos lograr.

*Doctora en Educación. Directora de la Escuela José Clemente Orozco y catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco.
silvia.romo@bycenj.edu.mx